

los dioses, sino de aquellos indignos jefes que el pueblo tenía delante? Ellos por su parte creían que de todos los que formaban la asamblea, ni uno solo había que en aquel momento no lanzase todas las imprecaciones, todas las iras del cielo sobre Sergio y Virginio, sobre su familia y sus bienes. ¿Convendría, después de haber invocado contra aquellos culpables la cólera de los dioses, no ejercer sobre ellos, hoy que el pueblo tenía derecho, una venganza que los mismos dioses tomaban por suya? Nunca se encargaba el cielo por sí mismo del castigo de los criminales, contentándose con preparar los medios de la venganza y armar el resentimiento de los vencidos.»

Excitado por estos discursos, condenó el pueblo á diez mil libras de peso de cobre (1), aunque Sergio atribuyó á la fortuna el éxito de las batallas y Virginio suplicó á sus conciudadanos que no le fuesen más contrarios que el enemigo. Fija en ellos la cólera pública, olvidó lo que había ocurrido en la elección de los tribunos y el atentado á la ley Trebonia. Para compensar sin dilación al pueblo por su sentencia, los tribunos vencedores proponen una ley agraria é impiden la imposición del tributo; esto en el instante en que urgía test-

(1) Castigo muy ligero era éste para una prevaricación, ó mejor dicho para una traición tan criminal y evidente, porque no podían negar, el uno que, viéndose en extremo peligro, no quiso recurrir al socorro de su enemigo, y el otro que, informado del peligro de su colega, no quiso socorrerlo. Un hecho tan criminal, que ataca directamente al Estado, que por una enemistad particular hace que se olvide cuanto se debe á la patria, y que no atiende para nada á la muerte de tan considerable número de valerosos soldados, parece que reclamaba que se impusiera un castigo ejemplar y muy público, para contener los funestos efectos de estas disensiones, tan comunes entre los generales que sirven juntos. Pero era máxima de la política romana no ejercer severidad excesiva con los generales que fracasaban en alguna guerra. Por lo común el pueblo romano

ner dinero para el sueldo de muchos ejércitos, y cuando Roma, á pesar de los triunfos de sus armas, no veía aún en ninguna guerra la realización de sus esperanzas. El campamento perdido en Veyas fué recuperado, y para defenderle se construyeron fortificaciones y se establecieron guarniciones en ellas. En este campamento mandaban los tribunos militares M. Emilio y Q. Fabio. M. Furio en el territorio de los faliscos y Cn. Cornelio en el de los capenatos no encontraron ni un solo enemigo fuera de las murallas; satisfechos con recoger botín y quemar las alquerías y las cosechas y devastar las campiñas, no atacaron ni sitiaron ninguna ciudad. En el territorio de los volscos, después de talarlo, atacaron á Anxur, sin éxito á causa de lo escarpado del terreno; y no pudiendo tomarla á viva fuerza, comenzaron á rodearla de parapetos y fosos. Esta campaña había tocado en suerte á Valerio Potito. Tal era el estado de los asuntos militares, cuando estalló una sedición interior, más amenazadora que la misma guerra; y como los tribunos se oponían á que se cobrase el tributo, los generales no recibían dinero y los soldados reclamaban á gritos su paga: poco faltó para que el contagio de las sediciones intestinas se propagase al campo

era muy moderado en el castigo de los culpables. Ordinariamente se les imponían ligeras multas ó el destierro, y durante larga serie de años encuéntrase corto número de ciudadanos condenados á muerte. En cuanto á los generales romanos, tenían especiales razones para ser muy tolerantes. Además de que las faltas de un hombre encargado del mando caían directamente sobre el pueblo que le había elevado á aquel puesto, sabían cuántos cuidados lleva consigo el mando de un ejército y cuántas inquietudes, y no querían aumentarlas con el temor de verse condenados á suplicios deshonrosos, si tenían la desgracia de salir mal en una campaña, ni disgustar con este ejemplo á aquellos á quienes confiaba el mando de tropas. Sabido es cómo se recibió á Varrón después de la pérdida de la batalla de Cannas.

pamento. En medio de este descontento de la plebe contra los patricios, los tribunos del pueblo no cesaban de decir: «Que ya era tiempo de afirmar la libertad y de transmitir á los plebeyos, hombres de ingenio y valer, los honores supremos que se habían arrebatado á los Sergios y Virginios.» Pero á pesar de sus esfuerzos, el pueblo no pudo hacer más para establecer su derecho que nombrar al plebeyo P. Licinio Calvo tribuno militar con autoridad consular. Los otros, todos patricios, eran P. Menio, L. Titinio, P. Melio, L. Furio Medulino y L. Publilio Volseo. Asombrábase el pueblo de haber conseguido tanto; y el plebeyo nombrado, extraño hasta entonces á las funciones públicas, antiguo senador y viejo ya, no quedó menos sorprendido. Ignórase por qué motivo fué elegido con preferencia á otros para disfrutar el primero aquella dignidad nueva. Según unos, este honor se lo debió á la influencia de su hermano Cn. Cornelio, que siendo tribuno militar el año anterior, había dado triple sueldo á los caballeros; según otros, lo debió á palabras de reconciliación entre los dos órdenes, que pronunció con oportunidad y que agradaron por igual á los patricios y al pueblo. Orgullosos los tribunos del pueblo con aquella victoria en los comicios, cesando de entorpecer la marcha de los negocios, consintieron en el tributo, cobrándose sin murmuraciones y enviándose al ejército.

Muy pronto se recobró Anxur de los volscos en un día festivo en que descuidaron la custodia de la ciudad. El invierno de este año fué extraordinariamente frío y nivoso, hasta el punto de quedar interrumpidas las comunicaciones por los caminos y la navegación por el Tíber; á pesar de esto, considerables aprovisionamientos, acopiados de antemano, permitieron conservar el precio ordinario de los víveres. Comenzada y terminada sin turbulencias la magistratura de P. Li-

cinio, y habiendo regocijado por modo extraordinario á los plebeyos sin desagradar demasiado á los patricios, cada cual acarició la idea de nombrar plebeyos en las próximas elecciones de tribunos militares. Uno solo de los candidatos patricios, M. Veturio, no fué rechazado; los otros puestos los obtuvieron plebeyos; siendo elegidos por el voto cuasi unánime de las centurias tribunos militares con autoridad consular M. Pomponio, C. Duilio, Voleron Publilio, Cn. Genucio y L. Atilio. Después de riguroso invierno, la intemperie del cielo, las bruscas variaciones atmosféricas ú otras causas produjeron un estado pestilencial y funesto para todos los seres vivientes. Como no se veía motivo ni término para aquella enfermedad incurable, á consecuencia de un *senatus-consulto* se recurrió á los libros sibilinos. Los *duunviros*, encargados de las ceremonias sagradas, hicieron por primera vez un *lectisterno* en la ciudad de Roma (1), y durante ocho días, para aplacar á Apolo, Latona y Diana, Hércules, Mercurio y Neptuno, permanecieron aderezados tres lechos con magnífico aparato. Los particulares celebraron también aquella solemne fiesta; en toda la ciudad dejaron abiertas las puertas y pusieron al alcance de todos el uso común de las cosas; todos los extranjeros, conocidos ó no conocidos, estaban invitados á la hospitalidad; hasta para los

(1) En las circunstancias difíciles ó importantes se ofrecían á los dioses banquetes que presidían magistrados especiales *epulones*, en número de siete (*septem viri epulonum*). Para esto se colocaban en el templo, en derredor de una mesa suntuosamente servida, lechos cubiertos con magníficos tapices y asientos guarnecidos con cojines, sobre los que colocaban las estatuas de los dioses y las diosas invitados al festín. Valerio Máximo dice que en estas circunstancias las divinidades seguían los usos humanos; que Júpiter estaba acostado en un lecho (*lectisternium*), mientras que Juno y Minerva estaban colocadas en asientos (*selisternium*).

enemigos se empleaban palabras suaves y clementes; renuncióse á las quejas y procesos; durante aquellos días se quitaron también las cadenas á los prisioneros, y después se mostró escrúpulo en volver á la prisión á aquellos á quienes los dioses habían libertado de tal manera. Entre tanto cundió la alarma en el campamento de Veyas por consecuencia de la reunión de tres guerras en una sola; porque los capenatos y faliscos, acudiendo bruscamente en socorro de los veyos, atacaron las fortificaciones como la primera vez, reuniéndose tres ejércitos, contra los que se libró empeñada batalla. Aprovechóse ante todo el recuerdo del castigo de Sergio y Virginio; y del campamento principal, cuya antigua inacción fué tan funesta, salieron las tropas, que después de ligero rodeo, atacaron por la espalda á los capenatos, ocupados en hostilizar las fortificaciones romanas. De esta manera comenzó el combate; los faliscos se asustaron y quebrantaron, y una oportuna salida de los del campamento completó su derrota, persiguiéndoles los vencedores y haciendo tremenda matanza. Muy poco después, los merodeadores romanos, que devastaban el territorio de Capenas, habiendo encontrado por casualidad los dispersos restos de este ejército, les exterminaron. Muchos veyos, que se refugiaban desordenadamente en su ciudad, fueron muertos en las puertas, porque temiendo los habitantes que los romanos entrasen con los fugitivos, cerraron las puertas sobre los soldados de la retaguardia.

Estos fueron los acontecimientos de este año. Acercábanse ya las elecciones de tribunos militares, que tal vez inquietaban más á los patricios que la misma guerra; porque se veían en el aprieto, no ya de compartir con el pueblo, sino de perder la autoridad soberana. De intento presentaron como candidatos á los varones más importantes, convencidos de que no se atreverían á re-

chazarlos; y después, obrando cada uno de ellos como si fuese candidato, todo lo aprovecharon, hombres y dioses, invocando contra los comicios de los dos últimos años la autoridad de la religión. El primer año se presentó cruel invierno como presagio siniestro. Al siguiente siguieron los efectos á las amenazas; los campos y ciudades se vieron invadidos de la peste, prueba palpable del enojo de los dioses; y para libertar á Roma hubo que aplacarles, siguiendo las revelaciones de los libros del destino. En estos comicios consagrados por los auspicios, los dioses vieron con cólera entregados los honores al pueblo y las diferencias de los órdenes confundidos. Gracias á la importancia de los candidatos y á los escrúpulos religiosos que habian sembrado en los ánimos, fueron nombrados tribunos militares con autoridad consular patricios solamente y casi todos acostumbrados á los honores, L. Valerio Potito por quinta vez, M. Valerio Máximo, M. Furio Camilo y L. Furio Medulino por la tercera, Q. Servilio Fidenas y Q. Sulpicio Camerino por la segunda. Bajo este tribunado no ocurrió nada notable en Veyas, empleándose toda la fuerza del ejército en la devastación. Dos generales hábiles, Potito y Camilo, recogieron, el uno de Faleria y el otro de Capenas, inmenso botín, no dejando en pie nada de lo que el hierro ó el fuego podía destruir.

Entre tanto se anunciaban numerosos prodigios; pero la mayor parte fueron recibidos con marcada incredulidad é indiferencia, bien porque solamente les apoyaba un solo testimonio, bien porque la guerra con los etruscos alejaba á los arúspices capaces de dirigir la expiación. Uno solo atrajo la atención general; un lago en el bosque Albano elevó sus aguas por modo extraordinario, sin que pudiese explicarse este fenómeno, ni por lluvias, ni por ninguna otra causa natu-

ral (1). Para saber lo que presagiaban los dioses por medio de este prodigio, enviáronse encargados que consultasen al oráculo de Delfos. Pero el destino había colocado más cerca del campamento otro intérprete: un anciano de Veyas, en medio de las burlas de los centinelas romanos y las guardias etruscas, cantó estas palabras en tono profético: «Mientras no desaparezcan las aguas del lago de Alba, el romano no será dueño de Veyas.» Al principio se consideraron estas palabras como dichas á la casualidad, pero muy pronto las recogieron y comenzaron á propagarse. Como la duración de la guerra había establecido al fin cierta familiaridad entre los soldados de ambas partes, uno de las guardias roma-

(1) La agitación de los elementos que comenzó á fines del siglo III, duró toda la primera mitad del IV, aumentando las calamidades de la guerra del Peloponeso, que en esta época llevaba la Grecia á su pérdida. Entonces, dice Tucídides, experimentamos lo que antes solamente se conocía por tradición; terremotos que se extendían á lo lejos con terrible violencia, espantosas sequías, después el hambre y al fin la peste; el Etna vomitaba ríos de lava.

De las conmociones terrestres habla principalmente la historia griega. Los anales romanos mencionan también calamidades que pertenecían sin duda á esta serie de fenómenos. En 319 conmovióse el territorio de Roma con frecuentes terremotos que derribaron muchos edificios; en 327 se secaron los manantiales y arroyos, padeciendo mucho los animales y las plantas; en 355 el Tíber estaba cubierto de hielos; la nieve tenía siete pies de altura, los techos de muchos edificios se hundieron, y las paredes se derrumbaron en el deshielo; los árboles frutales y las viñas se helaron hasta la raíz. Indudablemente estas eran las consecuencias de convulsiones interiores que se manifestaban por terremotos y erupciones volcánicas. La repentina crecida de las aguas del lago Albano no tuvo otra causa, no pudiendo atribuirse más que á la obstrucción de corrientes subterráneas.

En el libro de la *Adivinación*, Cicerón se burla con donaire de la interpretación dada á la extraordinaria crecida del lago Albano y á la voz que se dejó oír algunos años después en la Vía Nueva anunciando la llegada de los galos.

nas preguntó al centinela más próximo de la ciudad quién era aquel hombre que había pronunciado palabras tan oscuras acerca del lago Albano. Enterado de que era un arúspice, este soldado, que era religioso, so pretexto de que le interesaba personalmente el prodigio, dijo que quería, si era posible, consultar al adivino y le atrajo á una entrevista. Cuando se reunieron los dos sin armas ni desconfianza, el joven romano, más vigoroso, se lanzó sobre el débil anciano, y arrebatándole á la vista de todos á pesar de las amenazas de los etruscos, le llevó al campamento. Presentado al general, éste le mandó á Roma al Senado; é interrogado allí acerca del sentido de lo que había dicho relativamente al lago Albano, respondió: «Que sin duda estaban irritados los dioses contra el pueblo veyo el día en que le inspiraron la idea de revelar la ruina que el destino reservaba á su patria. No podía recoger ya las palabras que había pronunciado por inspiración del espíritu divino; y que tal vez no fuese menos criminal callar cosas que los dioses inmortales quieren hacer públicas, que divulgar las que deben permanecer secretas. Así, pues, los libros de los destinos y la ciencia etrusca enseñan que cuando los romanos hayan desecado el lago Albano, después de una crecida de sus aguas, conseguirán la victoria sobre los veyos. Antes de esto, no abandonarían los dioses á Veyas» (1). También indicó las solemnidades que debían preceder á la derivación de las aguas. Pero su autoridad no pareció bastante segura

(1) Creían los paganos que los dioses tutelares de una ciudad se retiraban cuando estaba para caer en manos de sus enemigos. Virgilio habla de la retirada de los dioses de Troya. Los tirios, sitiados por Alejandro, imaginaron que Apolo quería abandonarles y pasar al campamento de este príncipe; y para impedir al dios que huyese, ataron su estatua con una cadena de oro al altar de Hércules. Dependía esto de la idea muy co-

ni asaz grave en tamaño asunto, y el Senado decidió que se esperase á los comisionados y la respuesta del oráculo pitiano.

Antes de que los comisionados regresaran de Delfos, y de que se pudiese expiar el prodigio albano, entraron en funciones los nuevos tribunos militares con autoridad consular: eran estos L. Julio Yulo, L. Furio Medulino por cuarta vez, L. Sergio Fidenas, A. Postumio Regilense, P. Cornelio Maluginense y A. Manlio. En este año se presentaron nuevos enemigos, los tarquinius. Viendo ocupados á los romanos en tantas guerras á la vez contra los volscos en Anxur, que todavía sitiaban; contra los equos en Lavica, cuya colonia romana estaba en peligro, y contra los veyos, los faliscos y capenatos, y sabiendo además que en la ciudad no reinaba la paz gracias á las disensiones de los patricios y del pueblo, parecióles propicia ocasión para injuriales, y mandaron sus cohortes para talar los campos, pensando que los romanos dejarían impune la injuria por no cargarse con otra guerra, ó que la emprenderían con un ejército débil y poco temible. Los romanos se indignaron más que se asustaron por las devastaciones que realizaron los tarquinius, y la venganza no les costó grandes esfuerzos ni mucho tiempo. Como los tribunos del pueblo se oponían á toda leva regular, A. Postunio y L. Julio reunieron á fuerza de exhortaciones ó instancias un puñado de voluntarios, atravesaron por caminos extraviados el territorio de Cerea y

mún en la antigüedad pagana de que el espectáculo de la destrucción manchaba á la divinidad. Así, en Homero, Apolo se aleja de Héctor en cuanto ve inclinarse hacia el Erebo las lanzas de oro que pesaban el destino del héroe troyano; así, en Virgilio, Yturna se apresura á separarse de su hermano en cuanto reconoce, en el estremecimiento de sus alas, el ave fatal que viene á anunciarle su muerte.

cayeron sobre los tarquinius, que regresaban del pillaje cargados de botín. Matan considerable número, arrebatan á todos su carga, y después de recogerles el despojo de sus campos regresan á Roma. Concediéronse dos días á los dueños para que reconociesen lo que les pertenecía: al tercero, todos los objetos no reconocidos (y la mayor parte pertenecían al enemigo) fueron vendidos en subasta, distribuyéndose el precio á los soldados. Las otras guerras, principalmente la de Veyas, continuaban con éxito incierto; y los romanos, desconfiando ya del poder de los hombres, se encomendaban á los hados y á los dioses, cuando regresaron de Delfos los comisionados, trayendo la contestación del oráculo conforme con la del adivino prisionero. «Romano, guárdate de retener el agua albana en el lago; guárdate de dejarla continuar su curso y penetrar en el mar. Hazla correr por tus campos, que regará, y que se agote dividida en arroyos. Después de esto, ataca vigorosamente las fortificaciones enemigas; recordando que los destinos que se te revelan aquí, te prometen el fin de este largo sitio y la ruina de la ciudad. Terminada la guerra, lleva como vencedor rico presente á mis templos, y que las ceremonias sagradas de tu país, demasiado descuidadas hoy, queden restablecidas en forma solemne.»

El adivino prisionero mereció desde aquel momento grande consideración, y los tribunos militares Cornelio y Postumio le confiaron el encargo de expiar el prodigio albano y aplacar dignamente á los dioses. Descubrióse al fin que la negligencia en las ceremonias y la interrupción de las solemnidades de que se quejaban los dioses dependían sin duda de que los últimos magistrados, irregularmente elegidos, no habían observado las formas establecidas para la celebración de las fiestas latinas y de los ritos sagrados en el monte Al-

bano (1). Una sola expiación había y era la abdicación de los tribunos militares, la consulta de nuevos auspicios y el establecimiento de un interregno. Todo esto se hizo por un *senatus consulto*; sucediéndose en seguida tres inter-reyes, L. Valerio, Q. Servilio Fidenas y M. Furio Camilo. En medio de estos acontecimientos, ni un solo día dejó de estar agitada la ciudad por los tribunos del pueblo, que se obstinaban en oponerse á los comicios hasta que no quedase convenido se eligiese del pueblo la mayoría de los tribunos militares. Entre tanto celebraron los etruscos una asamblea en el templo de Voltumna; y como los capenatos y los faliscos querían que todos los pueblos de la Etruria reuniesen sus consejos y sus esfuerzos para libertar á Veyas del peligro, les contestaron: «Que ya se había negado esto á los veyos, porque habiendo obrado primeramente sin pedir consejo en asunto de tan grande importancia, no tenían derecho á pedir socorro; que hoy también el interés general exigía que se les negase, especialmente en aquella parte de la Etruria donde acababa de establecerse una población desconocida, los galos, nuevos vecinos con quienes se ignoraba si se viviría en paz ó en guerra; que sin embargo, en razón de la igualdad de origen y de nombre y de los peligros que amenazaban á

(1) Estas fiestas las estableció Tarquino el Soberbio para perpetuar la memoria del tratado que concluyó con los latinos y algunos pueblos de los hérnicos y de los volscos. Cuarenta y siete pueblos tomaban parte en el sacrificio que anualmente se hacía allí á Júpiter, protector del Lacio. Los romanos presidían. Durante la celebración de estas fiestas debía cesar toda guerra, toda guerra. Tarquino no consagró más que un día; añadióse otro después de la expulsión de los reyes; otro además en 261, época de la reconciliación del Senado con el pueblo; y en fin, el cuarto día después de la ley que abrió el consulado á los plebeyos. Las ferias latinas no se celebraban en días fijos; los cónsules señalaban cada año la época, y era costumbre que las celebrasen antes de partir para sus provincias.

un pueblo oriundo de la misma sangre, consentían en no retener á los jóvenes que quisieran marchar voluntariamente á la guerra.» A Roma llegó la noticia de que se habían puesto en marcha considerable número de aquellos voluntarios, y como de ordinario, el temor de peligro común calmó por algún tiempo las discordias civiles.

Sin disgusto vieron los patricios que la primera centuria nombró tribuno militar, sin que él ambicionase el cargo, á P. Licinio Calvo, que ya había dado pruebas de moderación en su primera magistratura y que además era muy anciano. Todo indicaba que serían reelegidos sus otros colegas del mismo modo, L. Titinio, P. Menio, P. Melio, Cn. Genucio y L. Atilio. Antes de las elecciones, antes del llamamiento de las tribus á sus filas, P. Licinio Calvo, con permiso del interrey, habló así: «Romanos, esta elocuente prueba de consideración á nuestra magistratura debe ser para el año que va á seguir presagio de la concordia tan apetecible en las circunstancias en que nos encontramos. Si reelegis á mis colegas, que tienen en su favor la experiencia, yo no me encuentro en el mismo caso; yo no soy ya, como veis, más que la sombra y el nombre de P. Licinio: las fuerzas de mi cuerpo están agotadas; he perdido los sentidos de la vista y del oído; mi memoria vacila y mi inteligencia languidece sin vigor. Yo os presento á este joven, añadió mostrando á su hijo, retrato, imagen del que obtuvo por primera vez entre los plebeyos el título de tribuno militar. Este hijo, que he educado en mis principios, lo doy y consagro como reemplazo mío á la república; os ruego ¡oh romanos! que le otorguéis este honor que me habéis concedido sin petición de mi parte, y que no os neguéis á su solicitud apoyada por mis ruegos.» Otorgóse al padre lo que pedía, y su hijo P. Licinio fué nombrado tri-

buno militar con autoridad consular, así como los que hemos mencionado más arriba. Los tribunos militares Titinio y Genucio, habiendo partido contra los capenatos y faliscos, avanzando con más ardor que prudencia, cayeron en una emboscada. Genucio pagó su temeridad con gloriosa muerte, cayendo en las primeras filas al frente de las enseñas. Titinio reunió en una altura á los soldados aterrados y los ordenó en batalla; sin embargo, no creyó deber medirse con el enemigo en la llanura. Este fracaso, más vergonzoso que perjudicial, estuvo á punto de ocasionar un gran desastre; tanto terror inspiró, no solamente á Roma, donde circularon mil rumores, sino en el campamento delante de Veyas. Mucho trabajo costaba impedir que huyese el soldado, cuando corrió por el campamento la noticia de que habían sido destrozados los generales y el ejército, y que los capenatos y faliscos vencedores se acercaban con toda la juventud de la Etruria. En Roma era mayor todavía la alarma, creyéndose que había sido tomado por asalto el campamento de Veyas y que el enemigo marchaba contra la ciudad. Acudióse á las murallas, y las matronas, arrancadas á sus hogares por el terror público, recitaron plegarias en los templos: rogóse á los dioses que librasen de la ruina las casas, los templos de la ciudad y las murallas de Roma, y que hiciesen caer aquel terror sobre los veyos, en recompensa de que se habían restablecido las ceremonias religiosas y expiado los prodigios.

Habíanse celebrado ya los juegos y las ferias latinas, había sido derramada en los campos (1) el agua del

(1) El emisario del lago de Albano existe aún, y es una de las obras más notables en su género; pero es muy dudoso que pudiese construirse en dos años, como parece resultar del relato de Tito Livio. El agua sirve todavía para regar los áridos campos de la Campania y el resto marcha al Tíber por arroyos.

lago Albano y los destinos de los veyos iban á realizarse. M. Furio Camilo, que era el jefe señalado por los liados para la destrucción de aquella ciudad y la salvación de la patria, queda elegido dictador, y nombró á P. Cornelio Escipión jefe de los caballeros. Cambiado el general, todas las cosas cambiaron: el soldado recobró ardor y esperanza, y la misma fortuna de la ciudad pareció diferente. Comenzó por castigar, según la costumbre militar, á aquellos que en el pánico habían desertado del campamento de Veyas, consiguiendo por este medio que dominase el soldado el temor al enemigo; en seguida habiendo fijado día para la leva, acudió entre tanto á Veyas para fortalecer el valor de las tropas; desde allí regresó á Roma para levantar otro ejército, y nadie procuró eximirse del servicio. Hasta los jóvenes del exterior, latinos y hérnicos, acudieron á proponer su concurso para esta guerra: el dictador les dió gracia en el Senado, terminó sus preparativos, y autorizado por un senatus-consulto hizo voto de celebrar grandes juegos después de la toma de Veyas, dedicar el templo de Matuta Madre, que se había reedificado, y cuya primera dedicación hizo el rey Servio Tulio. Partiendo al fin con el ejército y dejando á Roma con más curiosidad que esperanza, comenzó por dar batalla á los faliscos y á los capenatos, á los que encontró en el territorio de Nipsisia. La fortuna coronó como de ordinario prudentes y hábiles medidas: después de batir al enemigo, le tomó el campamento y se apoderó de inmenso botín, del que entregó la mayor parte al cuestor, dejando poco al soldado. Hecho esto, llevó el ejército á Veyas, donde aumentó el número de fortificaciones, y como entre la ciudad y los parapetos ocurrían frecuentes é inútiles escaramuzas, prohibió combatir sin su orden, y por este medio volvió los soldados al trabajo. La obra más larga y ponosa de todas

era un subterráneo que hacía abrir bajo la fortaleza de los enemigos; no queriendo que se interrumpiese la obra y temiendo que continua labor bajo tierra extenuase á los soldados; dividió los trabajadores en seis grupos, que se relevaban sucesivamente de seis en seis horas, y que no se detuvieron ni de día ni de noche, hasta que abrieron camino á la fortaleza.

Viendo el dictador que tenía en las manos la victoria, y que ya era dueño de aquella ciudad, en la que encontraría más botín del que se había recogido en todas las guerras juntas, temió provocar la ira de los soldados por reparto demasiado avaro de las riquezas, ó el odio de los patricios por excesiva generosidad con aquéllos. En consecuencia de esto, escribió al Senado: «Que gracias á la benevolencia de los dioses inmortales, gracias á sus esfuerzos y á la constancia de los soldados, Veyas iba á caer muy pronto en poder del pueblo romano: ¿qué se debía hacer del botín?» El Senado se dividió en dos opiniones; una, que era la del viejo P. Licinio, interrogado el primero por su hijo, según se dice, proponía «publicar por un edicto que todo aquel que quisiera participar del botín acudiese al campamento de Veyas.» La otra opinión era de Claudio, que combatió aquella generosidad como inusitada, pródiga, desigual é imprudente; y si se consideraba como un crimen llevar al Tesoro, agotado por tantas guerras, aquel dinero tomado al enemigo, pedía que se emplease en el sueldo de las tropas con objeto de disminuir en otro tanto los impuestos del pueblo. «Las ventajas de esta disposición las experimentarán igualmente todas las familias; las manos ávidas y rapaces de los ciudadanos ociosos no arrancarán á los valientes guerreros el precio de sus trabajos, puesto que de ordinario ocurre que aquellos que menos se apresuran para el pillaje, son los primeros en marchar cuando se

trata de fatigas y peligros.» Licinio replicaba: «Que aquella distribución de dinero sería siempre sospechosa y odiosa, y no cesaría de ser pretexto de acusaciones ante el pueblo, de turbulencias é innovaciones sediciosas. Lo mejor era atraerse al pueblo por medio de esta generosidad, ayudarle ahora que estaba empobrecido, extenuado por los impuestos de tantos años; de manera que los ciudadanos encontrarían en aquél botín la recompensa de una guerra en la que, por decirlo así, habían envejecido. Más regocijo y orgullo tendrían en llevar á sus casas lo poco que hubiesen cogido con sus propias manos al enemigo, que en recibir mucho más de la generosidad de otro. El dictador, por no exponerse á odios y reconvenciones, había acudido al Senado: el Senado á su vez debía trasladar el asunto al pueblo y dejar que cada cual cogiese lo que le deparasen los lances de la guerra.» Esta opinión, que debía hacer popular al Senado, pareció la más segura, y en consecuencia se publicó un edicto por el cual se permitía á todos los que quisieran participar del saqueo de Veyas marchar al campamento al lado del dictador: *omnes ad castra*. Inmensa multitud marchó al campamento ocupándolo por completo. Entonces el dictador, consultados los auspicios y habiendo dado la orden de tomar las armas, dijo: «Bajo tu dirección, Apolo Pitico, y bajo la inspiración de tu divinidad voy á destruir á Veyas; yo te ofrezco desde este momento la décima parte del botín. Y á ti, reina Juno, que todavía habitas en Veyas, te conjuro para que después de la victoria nos sigas á nuestra ciudad, que muy pronto será la tuya, y que te recibirá en un templo digno de tu majestad.» Terminada esta plegaria, como tenía más tropas de las que necesitaba, atacó la ciudad por todas partes, con objeto de separar la atención del peligro con que amenazaba la mina. Los veyos ignoraban que sus adivinos

y los oráculos extranjeros habían pronunciado su condenación; que los dioses estaban invitados á participar de sus despojos; que otros, evocados por votos de dentro de sus murallas, esperaban entre sus enemigos templos y nuevas moradas; que aquel día, en fin, era el último para ellos; no sospechando tampoco que un subterráneo abierto debajo de sus murallas había llenado la fortaleza de romanos, corren armados cada cual por su lado á colocarse en las murallas, extrañando que los sitiadores, que en tanto tiempo no se habían movido de sus puestos, se precipitasen sin precaución y como insensatos contra los muros. En este punto colocan un detalle fabuloso. Mientras que el rey de los veyos inmólabá una víctima, la voz del arúspice anunciando la victoria á quien arrebatase las entrañas, fué oída en el subterráneo y decidió á los romanos á romper la mina, cogiendo las entrañas y llevándolas al dictador. Pero en acontecimientos de tan remota antigüedad, pareceme bastante tomar por verdadero lo verosímil, y en cuanto á ciertos detalles, más convenientes para el aparato del teatro, que se complace en lo maravilloso, que á la fidelidad de la historia, sería trabajo perdido afirmarlos ó rechazarlos. Llena la mina de soldados escogidos, los arrojó de pronto completamente armados en el templo de Juno, que se encontraba en la fortaleza de Veyas: una parte atacó por la espalda al enemigo en las murallas; otros fuerzan las puertas; otros, en fin, prenden fuego á las casas, desde las que las mujeres y los esclavos lanzaban tejas y piedras. Inmenso clamor, formado de gritos de amenaza y de miedo, al que se mezclan las lamentaciones de las mujeres y de los niños, llena toda la ciudad. En un momento son precipitados los defensores desde lo alto de las murallas: unos romanos se lanzan por las puertas que habían abierto, otros escalan las murallas aban-

donadas, la ciudad se llena de enemigos y en todas partes se combate. En fin, después de extraordinaria carnicería, cede el furor; el dictador hace publicar por medio de pregones que se perdona á todos los que no lleven armas y cesa de correr la sangre. Los habitantes desarmados comienzan á rendirse, y habiéndolo permitido el dictador, los soldados corren por todas partes al saqueo. Cuando llevaba delante de él aquel botín, cuya abundancia y riqueza excedía á sus esperanzas, dícese que exclamó Camilo, levantando las manos al cielo: «Que si alguno entre los dioses ó los hombres encontraba excesiva su fortuna y la del pueblo romano, la falta quedase expiada con el menor daño suyo y de la patria.» Añádese que dando una vuelta al pronunciar estas palabras, resbaló y cayó; siendo esta caída para los que establecieron las predicciones acerca del acontecimiento, presagio de la condenación de Camilo y de la toma de Roma, desgracia que ocurrió pocos años después. El día aquel se empleó por completo en la matanza de enemigos y el pillaje de aquella opulenta ciudad.

Al siguiente vendió en subasta el dictador los prisioneros, siendo éste el único dinero que entró en el Erario público. El pueblo se irritó sin agradecer el botín que había conseguido, ni al general, que para descargarse de la responsabilidad de un mal negocio dejó al Senado la decisión de un asunto de que era árbitro, ni al Senado, sino á los Licinios: al hijo por haber trabado la discusión en el Senado; al padre por haber propuesto una decisión tan popular. Cuando se arrebataron de Veyas todas las riquezas profanas, los romanos se apoderaron de las de los dioses y de los dioses mismos, pero más como religiosos que como ávidos despojadores: así, pues, jóvenes elegidos en el ejército entero, lavado y purificado el cuerpo, vestidos de blanco, ha-

biendo sido designados para transportar á Roma á Juno Reina, entraron con sumo respeto en su templo y con profunda veneración pusieron la mano sobre ella; porque las costumbres de la Etruria no conceden este derecho más que á un sacerdote de determinada familia. Después de esto, habiendo dicho uno de ellos, bien por inspiración divina, bien por ocurrencia de joven, «¿Quiéres ir á Roma, Juno?» los demás aseguraron que la diosa había expresado su aprobación con un movimiento de cabeza: y esto es lo que dió origen al fabuloso rumor de que se la había oído decir: «Si quiero.» Pero lo cierto es que se la pudo mover de su puesto sin grandes esfuerzos; y que parecía seguir ligera y dócil á los jóvenes, más bien que ser transportada por ellos; encontrándose intacta cuando llegó al Aventino, su eterna morada, adonde la llamaron los votos del dictador romano, y donde más adelante le dedicó Camilo el templo que la había ofrecido. Así cayó Veyas, la ciudad más importante del nombre etrusco y cuya misma ruina reveló su grandeza: en efecto, después de diez estíos y diez inviernos de continuo asedio, después de haber hecho más daño del que recibió, oprimida al fin, por destino superior, cedió á las obras del arte sin que la fuerza pudiese hacerla sucumbir.

Quando llegó á Roma la noticia de la caída de Veyas, á pesar de la expiación de los prodigios, á pesar de las respuestas de los adivinos y las decisiones conocidas del oráculo pitiano y á pesar de los poderosos socorros que habían encontrado en la humana prudencia, al confiar la dictadura á M. Furio, el más sabio de los generales romanos, aquella noticia, después de tantos años de guérras inciertas y de tan numerosos reveses, produjo, como inesperada, inmensa alegría; y antes de que diese su decreto el Senado, las matronas romanas llenaron dos templos para elevar á los dioses sus ac-

ciones de gracias. El Senado decretó cuatro días de preces públicas: en las demás guerras no las decretó nunca de tanta duración. A la llegada del dictador todos los órdenes salieron á recibirle; siendo la concurrencia como jamás se había visto y el esplendor de su triunfo sobrepujó á la pompa ordinaria de estas gloriosas ceremonias. Todas las miradas se fijaron en él cuando recorrió la ciudad en su carro tirado por caballos blancos: no era un ciudadano, ni siquiera era un hombre. Como el dictador había usurpado los corceles de Júpiter y del Sol, consideróse esto como atentado á la religión, y por este motivo principalmente fué su triunfo más brillante que aplaudido. Entonces trazó sobre el Aventino el recinto del templo de Juno Reina, y dedicó el de Matuta Madre, y después de realizadas estas cosas divinas y humanas, abdicó la dictadura. Ocupáronse en seguida del regalo que debían á Apolo, y habiendo recordado Camilo que había ofrecido á este dios la décima parte del botín, declararon los pontífices que el pueblo debía cumplir esta sagrada obligación. Pero era difícil encontrar medios para obligar al pueblo á presentar el botín para separar la parte que se debía al dios; decidiéndose al fin, y este partido pareció el menos severo, que el que quisiera pagar aquella deuda religiosa, apreciase él mismo el valor de su botín, para llevar la décima parte al Tesoro: de esta manera se formaría una ofrenda de oro digna de la magnificencia del templo, de la majestad del dios y de la grandeza del pueblo romano. En aquellos momentos los volseos y los equos enviaron legados á pedir la paz, y la obtuvieron, no porque la merecieran, sino por razón del descanso que necesitaba la ciudad después de las fatigas de tan prolongada guerra.

En el año siguiente á la caída de Veyas hubo seis tribunos militares con autoridad consular: dos de los